



DONDE TODO COMIENCA

José Luis Cantón Paterna

DONDE TODO COMIENCA



Primera edición: octubre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Luis Cantón Paterna

ISBN: 978-84-19439-94-9

ISBN digital: 978-84-19439-95-6

Depósito legal: M-26249-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi familia, toda ella,
que vivió esta novela para que
yo pudiera escribirla.*

PRÓLOGO

Cuando un ser humano despierta con otro ser vivo acurrucado a su lado, siente a menudo que el enigma de la vida deja de tener importancia durante unos minutos. Cuando Marga despertó, descubrió al gato dormido en el hueco de su cuerpo, bajo las sábanas. No se asustó. Una suave calidez negra caldeaba su cama. No sabía qué hora era, pero la claridad que se notaba más allá de las cortinas le decía que ya hacía tiempo que había amanecido. Marga cerró los ojos, disfrutando de la tibieza del gato y de la tranquilidad que aporta no pensar en tener algo que hacer. Se entretuvo en escuchar los suaves sonidos que habitan las viviendas humanas: la respiración regular del animal, el zumbido del ordenador, que nunca apagaba; el sordo crujido del viejo frigorífico; el desagradable rumor de las aguas sucias recorriendo las tuberías del edificio... «El silencio total es imposible», pensó Marga, «¿qué se sentirá viviendo en el silencio absoluto? A lo mejor los astronautas lo saben, los astronautas que han estado en el espacio... ¿O quizás, si se esfuerza mucho el oído, puede escucharse la armonía de los cuerpos celestes? Si alguna vez conozco a un astronauta, tengo que acordarme de preguntárselo...».

Marga habría continuado allí, en aquel umbral entre el pensamiento y el sueño, si no fuera porque el gato decidió que el mundo debía ponerse en marcha: se arqueó para estirarse y Marga, al abrir los ojos, encontró que el felino había adquirido la forma de una campana de Gauss de cuatro patas, negra y algo flaca. Después, con pasos elegantes y algo lentos, el animal salió de la cama con un

maullido tembloroso y se dirigió a la ventana, entreabierta —siempre olvidaba cerrarla del todo—, y se marchó de un salto hacia la ciudad. Marga no se preguntó si volvería a casa. Al fin y al cabo, era la primera vez que lo había visto.

Marga se desperezó y decidió que, fuera la hora que fuera, tenía que desayunar. De repente se había percatado de que tenía hambre. «Qué curioso... No me había dado cuenta de que estaba hambrienta mientras pensaba en astronautas». Al levantarse pisó uno de los libros que había dejado abierto en el suelo justo antes de dormirse, de madrugada. El apartamento de Marga estaba lleno de libros, apilados en las estanterías, en las mesas, en las sillas y en el suelo. Había libros tirados en el sofá, húmedos en el baño, manchados de comida y de café en la cocina. Había libros de viajes, novelas, libros de poesía y de ensayo, libros de suspense y libros llenos de biografías, diccionarios de mitología de pueblos antiguos y catálogos de museos de arte clásico o contemporáneo... Libros, libros y más libros, que Marga sorteaba para llegar a la pequeña cocina, al minúsculo baño, a la parte contraria a la cama de su salón-dormitorio. En la cocina descubrió que su nuevo amigo gatuno había mordisqueado el queso —lo había dejado en la encimera la noche anterior—, pero encontró en la nevera un plátano de apariencia aceptable. Puso la cafetera —italiana, de hierro pesado y renegrido— mientras daba pequeños mordiscos al plátano, para hacer que durara lo máximo posible. Esperó observando a través de la ventana un cielo gris impropio de mediados de verano con la mirada perdida, embotada por el reciente despertar, y se perdió en sus pensamientos —«¿echarán de menos los astronautas a sus gatos?»— hasta que la cafetera empezó a humear con la furia propia únicamente de las cafeteras.

Se sirvió un largo café solo, muy concentrado, sin azúcar. Le gustaba el café, le gustaba demasiado. Desde que no trabajaba tomaba cinco o seis tazas diarias. Y, sin embargo, nunca le quitaban el sueño. Dormía mucho, dormía profundamente. Antes no dormía tanto ni le gustaba tanto como ahora. Así eran las cosas, no obstan-

te. Dormir era un arma excelente contra la soledad y el aburrimiento. ¿Dormirían también muchas horas los astronautas allá arriba, sin nada que escuchar? Marga se dirigió al sofá con su taza de café, pensando en las posibilidades de dormir horas y horas en el espacio, sin distracciones ni sonidos, sin sensación gravitatoria, sin presencia humana en kilómetros a la redonda. Mientras se lo tomaba intentó aparcar los pensamientos espaciales leyendo los mensajes, las alertas, las noticias, que su teléfono móvil ordenaba y preparaba para ella. Nada demasiado interesante: «Cariño, ¿cómo estás hoy?», había preguntado su madre a las 8:17 de la mañana. Miró el reloj: eran las 11:30. Se le había pasado la hora de la medicación, pero poco le importó: se acercó a la mesa de la cocina, tomó dos pastillas y las engulló con el último sorbo de su taza de café. «Antes contábamos el tiempo de manera relativa: "... y cuarto, y algo, y media pasadas...". Ahora está todo medido, milimetrado, calculado», pensó Marga mientras bloqueaba el teléfono. Se levantó para ir al baño y pasó junto a la estantería, atestada también de libros. Apenas reparó en el despertador parado o en los portafotos vacíos. No parecía preocuparle el desorden ni la permanente imagen de provisionalidad de su apartamento.

No le apetecía contestar a su madre, suspiró mentalmente, sentada en el retrete. En general, muy pocas cosas le apetecían en aquella época. Pasaba el día en casa, durmiendo mucho, comiendo poco, leyendo gran parte del tiempo. De joven había leído poco, pero ahora lo hacía con devoción. Apenas salía de casa, pero, cuando lo hacía, aprovechaba para acercarse a cualquier librería y volver con más libros, libros que se acumulaban por los rincones, porque no los sacaba de allí. Muy pocas veces prestaba alguno, puesto que no tenía visitas. «¿Tendrán libros los astronautas allá arriba, en el espacio? No sé si podría estar allá sin libros...». Tiró de la cadena con un nuevo suspiro que la sorprendió a sí misma: en el espejo, una cara huesuda, de nariz prominente y ojos marrones y caídos, enmarcados en un cabello corto, encrespado y revuelto de color rubio oscuro salpicado de canas, le devolvió la mirada con

un brillo demente de fastidio. Miró su propio cuerpo, que sentía en cierta manera ajeno: demasiado delgada, angulosa; la piel, de tan firme, seca; las manos pequeñas, los pies demasiado grandes para su constitución. Había sido de otra manera, pero apenas lo recordaba a través de la niebla que permanentemente se había instalado en su memoria.

Sin prisas, desganada, encendió derrengada en el sofá el primer cigarrillo del día. Tosió un poco y escudriñó la punta encarnada buscando respuesta a alguna de sus preguntas. Nada. Le dio una calada y lo abandonó momentáneamente en el cenicero, buscando otro sorbo de café. No soportaba fumar, pero no podía dejarlo ahora. Había vuelto al vicio dos años atrás y, al principio, decía que la relajaba, que la tranquilizaba. Ahora no hacía nada de eso, no le hacía falta más relax ni más tranquilidad, pero no podía dejarlo. Seguramente los astronautas tampoco podían fumar. Quizá irse al espacio fuera la manera de dejarlo definitivamente, pensó Marga, e instintivamente buscó otra calada del cigarrillo.

Sobre la mesa baja ante el sofá descansaba una de las últimas novelas que había comprado; la cogió y se quedó mirando la portada. Personas sin rostro cruzaban una calle antigua en una fotografía color sepia, ese color típico de las fotografías antiguas y de las portadas pretendidamente serias. La trama empezaba con el inicio de la Guerra Civil y se desarrollaba en la posguerra. La había comenzado la noche anterior, en torno a la una de la madrugada. Había estado leyendo hasta las tres, cuando se acercó a la cocina a prepararse una infusión y encontró el interesantísimo poemario a medio leer que había pisado esta mañana al salir de la cama. La novela era entretenida, pero no aportaba nada nuevo. Le parecía que últimamente todas las novelas ambientadas en esa época se parecían mucho. Novelas sobre Madrid o sobre Barcelona. Novelas de bondad y maldad. Novelas de amoríos improbables, algo folletinescos. Novelas donde se reconocían los personajes, siempre los mismos, vestidos con otro nombre y los mismos pensamientos. «Novelas en sepia», pensó Marga. No creía que las historias que

allí había se parecieran en nada a las que ella había escuchado de pequeña en casa, en boca de sus abuelos o de sus padres. Tampoco a las que habían contado sus amigos en la mesa de un bar cuando hablaban de sus familias, muchas de ellas con origen en pueblos de interior, lejos de las grandes urbes. «Si tuviera que escribir una novela ambientada en la posguerra, lo haría de otra manera», se dijo, y dio otra calada al cigarrillo, seguramente la última, mirando todavía la portada del libro. Era una portada un poco insulsa, la verdad. Dejó el libro sobre la mesa baja frente al sofá y se levantó. Quería más café.

Para llegar a la cocina, Marga tenía que pasar frente a su pequeño escritorio, bajo la ventana. Estaba, como todo en la casa, lleno de libros. En medio, encendido, pero con la pantalla a oscuras, el portátil. Nunca lo apagaba. Se detuvo frente a él y movió el ratón —no soportaba el cuadradito táctil de los portátiles— y la pantalla se iluminó. Aquella era su ventana al mundo. Allí leía los periódicos del día e investigaba sobre los pensamientos que la asaltaban, que últimamente eran variados y extraños. Estuvo a punto de buscar *astronauta* en el buscador, pero decidió entretenerse primero en las novedades de la prensa. Particularmente, del periódico donde trabajaba. O donde había trabajado. Estaba de baja, pero no iba a volver. Al menos, por ahora. Aunque no creía que pudiera volver nunca. ¿Había alguna posibilidad? «¿Qué sentirán los astronautas al volver a tierra firme, después de perderse durante años en el espacio? ¿Miedo? ¿Vacío? ¿Soledad?». Sería cuanto menos irónico y, sin embargo, Marga pensó que así se sentiría ella si volviera a aquella redacción ahora, después de más de año y medio de inoperancia. «Pobres astronautas», asumió, comprensiva. Echó un vistazo a las noticias del día. En Oriente próximo había habido un nuevo bombardeo. En nuestro país había saltado un nuevo escándalo de corrupción. Un caso de dopaje zarandeaba el mundo deportivo. La derecha había triunfado en un país centroeuropeo. La izquierda trastabillaba en un país de Suramérica. Noticias del día que ya sonaba a viejas. «Son como las novelas en sepia: noticias en sepia».

Pasó a las columnas de opinión, de títulos también novedosamente repetidos: «Populismos», decía la primera. Firmada por una tal Soledad Martínez de Haro. Marga creyó recordar que había trabajado con ella. Si era quien pensaba, tenía carné de partido desde hacía años. «La educación de los jóvenes», de Santiago J. Sánchez, seguía a la anterior. Este no le sonaba de nada. Quizá había entrado a trabajar cuando ella pidió la excedencia. Escribía bien, un tanto exaltado para el gusto de Marga. «Los niños de la guerra civil», de Alfonso Rodríguez Torres, cerraba la sección. «Los niños de la guerra civil». Justo hoy, que pensaba en novelas sobre la posguerra. Y justo Alfonso, el bueno de Alfonso. No le extrañó nada, tan comprometido e idealista. Empezó la columna con interés, mientras se encendía el segundo cigarrillo del día, casi inconscientemente. La leyó con atención o, al menos, con la mayor atención que pudo, dadas las circunstancias.

Al acabar, sintió que estaba de acuerdo con Alfonso. No es habitual estar de acuerdo con un columnista, pensaba Marga, mientras contemplaba el techo del baño sentada en la taza del wáter. Siguió rumiando el artículo mientras preparaba la comida, una tortilla de dos huevos y una lata de atún; siguió dándole vueltas tras la siesta, tomando el quinto café del día; también entre la segunda lectura de un poemario y el inicio de una obra de teatro. A las nueve tuvo que contestar a su madre, que ya había enviado varios mensajes, preocupada por la falta de respuesta. La tranquilizó, como hacía cada dos o tres días: «Estoy bien. Estaba leyendo», escribió. Pero no le habló de la novela, ni del artículo, ni de Alfonso.

Eran las 11 de la noche cuando Marga volvió a coger de la mesa baja frente al sofá la novela sepia sobre la posguerra que había dejado a medias la madrugada anterior. «Si Alfonso o yo tuviéramos que escribir una de estas —pensó—, lo haríamos de otra manera». Y se quedó mirando el libro un buen rato, a la luz de la lámpara de pie encendida tras ella.

Fue entonces cuando Marga me llamó por teléfono. Eran las 11 y algo de la noche y no me dijo nada sobre astronautas.

CAPÍTULO I

El pueblo apareció como un racimo de casas blancas desparrramado sobre la loma de un montecillo pelado y gris. Bajo ellas, ordenados en disciplinadas hileras, se sucedían uno tras otro los olivos, amarrados a una tierra seca, polvorienta y desmenuzada. El calor pesado e insultante de las cuatro de la tarde aplastaba los montes y hacía languidecer a los lagartos.

Un coche pequeño se arrastraba con las ventanillas abiertas por el camino entre los olivares, rompiendo la perezosa calma que en estos lugares impera a cualquier hora. En el asiento del copiloto, mareada, embotada por sus pensamientos y por el calor a partes iguales, iba Marga. El algodón del vestido estampado a duras penas refrescaba su cuerpo delgado y fibroso. De tanto en tanto se sobreponía al sopor que la embargaba y observaba a su alrededor entre molesta y sorprendida por la enorme diferencia entre esos contornos y la ciudad de Madrid. A su lado, despreocupado y socarrón, un hombre que aparentaba unos treintaitantos años conducía el destartalado vehículo. Marga no sabía si estaba más enfadada con ella misma o con Alfonso por haber acabado de esta manera.

—Lo siento muchísimo, Marga —se había excusado Alfonso, horas antes—. Anoche nos dieron el chivatazo de que iba a saltar el escándalo de Aguilera; ya sabes, el político. Se ve que está metido hasta el cuello en una trama de comisiones a cambio de adjudicaciones millonarias. López me ha llamado a las dos de la mañana para denegarme el permiso y mandarme a la sede del partido en Madrid.

—Joder, Alfonso... Joder —replicaba Marga—. Me lo podías haber dicho anoche y no ahora, después de haber cogido dos autocares para llegar hasta aquí, he hecho más horas que un reloj. Se suponía que tú ibas a venir de Sevilla y te tenía que encontrar en la estación de autobuses... Joder, Alfonso, qué cabrón.

—Intenté llamarte anoche y esta mañana, pero no entraban las llamadas ni los mensajes. ¿Qué coño le has hecho al móvil?

Marga miró su teléfono móvil, totalmente apagado. Entretenida en acabar la novela en sepia de la Guerra Civil, se había olvidado de cargarlo. Y no solamente eso: iba tan despistada con los preparativos del viaje, después de tanto tiempo sin salir de casa, que no había cogido el cargador. Había podido llamar a Alfonso gracias a que en la cafetería de la estación de autobuses, antes de tomar el segundo coche de línea, la encargada le había prestado un cable y un enchufe. Los avisos de llamadas y mensajes se habían precipitado en la pantalla al encender el aparato. Había como 30 de su madre, desesperada por saber de ella tras haber ido temprano a verla y no hallarla en el piso. Tenía que quitarle la llave de casa en cuanto volviera a Madrid.

—Alfonso, yo me vuelvo a Madrid. Esto es una tontería... Tan solo una idea absurda para un libro, ya ves tú. Y si no vienes a presentarme a tu abuela, qué sentido tiene todo esto.

—No digas eso, si ya me he ocupado de todo... Tienes que tomar el autobús que tiene parada en el empalme, el cruce que lleva al pueblo, y te bajas allí. He avisado a mi primo Marcos para que te vaya a recoger y te acerque. Es muy majo, ya verás.

—¿Qué dices? No, no, no, no. ¿Cómo voy a ir a tu pueblo con un desconocido? Alfonso, no me apetece, de verdad...

—Marga, por favor, no me hagas ese feo... Seguro que Marcos ya habrá salido del pueblo y no hay cobertura por esas carreteras; no lo puedo avisar. ¿Qué más te da? Mañana o pasado llego yo y nos ponemos con lo nuestro. Mientras tanto puedes ir documentándote o puedes hablar con mi abuela de las historias de la familia y de aquellos andurriales.

Así que al final Marga se había visto de nuevo en autocar de camino a la nada, o eso le parecía a ella aquel paisaje desolado del interior de Jaén. Recordó el poema de Miguel Hernández en el que decía que la provincia había de levantarse brava sobre sus piedras lunares y no pudo hacer otra cosa que dar la razón al poeta: si la luna era árida y tenía piedras, habían de parecerse mucho a aquellas. Entre las rocas despuntaban aquí y allá unas matas de aspecto marchito que no supo identificar. La única nota verde de tanto en tanto la ponían unos arbustos que crecían a ras de suelo, de apenas un palmo de altura, y que se empeñaban en sobrevivir en aquel ambiente en apariencia hostil. El viejo autocar la había dejado en lo que efectivamente era un destartalado cruce de tres caminos, donde una señal de aspecto abandonado indicaba que el pueblo se encontraba a escasos kilómetros. A un lado de la cochambrosa carretera la esperaba un coche blanco, pequeño, antiguo y cubierto de barro y polvo. Apoyado en él la miraba un hombre moreno, de pelo corto y negro, nariz recta y sonrisa picarona. Llevaba una camiseta verde con unas grandes letras blancas en el pecho y unos vaqueros viejos, de los de toda la vida, gastados solamente por el uso. Supuso que era Marcos, el primo de Alfonso, que ahora la llevaba al pueblo entre olivos y calores.

—¿Es usted Marga? La amiga del Alfonso —le había preguntado aquel hombre.

—Eh... sí, soy Marga. ¿Marcos, verdad?

—El mismo, un gusto. Déjeme la maleta que se la pongo detrás. El coche no tiene aire, pero el pueblo está *mu* cerca, no se preocupe.

Marga encendió un cigarrillo lentamente, más por timidez que por necesidad, buscando las palabras adecuadas para comunicarse con aquel desconocido después de tanto tiempo de autoexclusión social. Se había sorprendido de que la hubiera llamado de usted. Le parecía obvio que el primo de Alfonso era unos años más joven que ella, pero no tantos como para considerarla una persona mayor. Se sentía incómoda, sobre todo al pensar en cómo dirigirse a él, si

también de usted o, condescendentemente, de tú. De igual modo le llamó la atención el fuerte acento de Marcos. Su primo Alfonso apenas tenía un ligero deje andaluz en algunas expresiones concretas.

—Háblame de tú, por favor —replicó Marga finalmente—; no soy tan mayor.

—Claro que no, *mujé* —sonrió Marcos. Tenía la sonrisa fácil, pensó ella—. Es la costumbre al hablar con gente recién *conocía*. Si serás de mi *añú* más o menos...

—¿Qué edad tienes?

—Treinta y ocho *pa* 39.

—Entonces te llevo unos cuantos, jovenzuelo —ironizó Marga, que había cumplido 44—. Hace tiempo que pasé de los 40.

—Pues no lo parece —respondió con alegría—. Te conservas *mu* bien.

Marga encontró el comentario estúpido y, sobre todo, inapropiado, fuera de lugar: bien sabía que últimamente no tenía el mejor aspecto del mundo, con sus ojeras permanentes, su aspecto hastiado y el pelo cortado de cualquier manera. Empezó a dolerle la cabeza, tal y como le ocurría desde hacía algún tiempo cuando intentaba socializar con otras personas. No contestó a aquel recién conocido. Tiró el cigarrillo al suelo casi entero, lo aplastó y se subió al coche. Finalmente, tras intentar sin resultado abrocharse el cinturón, se mantuvo en un silencio que indicó a Marcos que era hora de arrancar.

—Puedes fumar dentro, no me importa —le indicó el conductor, mientras arrancaba el coche, que rugió de tal manera que parecía que se quejara.

—No pasa nada, tendría que dejar de fumar.

—Pues sí, la verdad... Oye, ¿y qué es lo que te trae por aquí? Alfonso me ha dicho algo de una novela. Bueno, la verdad es que el pueblo es tranquilo, seguro que encuentras mucho silencio y concentración *pa* escribir... ¿Eres escritora, entonces?

—No, periodista—puntualizó Marga—. Pero lo de la novela es cierto. En realidad, pretendo documentarme. Ya sabes, hacer foto-

grafías, preguntar a la gente... Alfonso me ha dicho que su abuela y la gente del pueblo tiene muchas historias de la guerra y de los años que siguieron a ella.

—¿Y cómo lo vas a hacer? Algunos son mayores y se lían mucho explicando las cosas...

—Bueno, mi idea es grabarlos con una grabadora. Así luego puedo escuchar sus historias varias veces para transcribirlas con calma y aclararme.

—Vaya... Y, en Madrid, ¿no has encontrado a nadie que te hable de eso?

—Bueno... Es que queríamos otro enfoque. Ya hay muchas novelas ambientadas en Madrid. Además, quiero que Alfonso me ayude a escribirla y mejor si está familiarizado con el pueblo y sus habitantes.

—Claro, claro. Te puedo presentar a varias personas del pueblo en lo que llega mi primo.

—Gracias —respondió ella escuetamente, en un intento de agotar la conversación.

—¿Y de qué va a ir? ¿De qué trata? —Marcos, sin darse cuenta de las intenciones de Marga, preguntaba con curiosidad, tratando de ser amigable; Marga empezaba a sentirse asediada.

—Todavía no lo sé... ¿Te importa que te lo cuente en otro momento? No tengo ganas de hablar de eso ahora... Ya sabes, el cansancio del viaje —se excusó.

—Por supuesto, claro que sí... ¿Quieres que te vaya diciendo lo que se ve desde el camino?

—No, gracias, Marcos... De verdad, estoy demasiado cansada y creo que un poco mareada —Marga intentaba ser educada, pero sentía que no aguantaba más—. No..., no me apetece mucho hablar.

—Como quieras. De todas formas, no hay mucho más que espartos y alcaparras por aquí. Son los arbustos marrones y los verdes. El pueblo vivía mucho de eso, pero lo del esparto se ha perdido. Antes... —y siguió hablando, mientras la periodista cerraba los ojos e intentaba no escuchar demasiado.

«Así que campos de olivos, esparto y alcaparra», pensó Marga. «No sé yo si eso será un buen paisaje para un libro».

La entrada del pueblo era tan desvaída y decadente como el entorno, o así le pareció a Marga al llegar. El camino ascendía por la loma haciendo curvas, serpenteando hasta llegar a lo que Marcos dijo que era la plaza del pueblo, aunque Marga no veía más rastro de plaza que la carretera y unas aceras más anchas que el resto. No había nadie en la calle a aquellas horas. Las casas eran en su mayoría muy viejas y presentaban desconchones, balcones a punto de caerse o puertas apenas atrancadas que mostraban que muchas de ellas estaban deshabitadas.

—La de mi tía es esta —comentó Marcos, rompiendo el silencio—. Seguro que está en casa, entra.

Marcos señalaba un caserón antiguo de la mal llamada plaza que, aunque algo dejado, se notaba habitado. Habían aparcado justo delante. En las ventanas bajas, tras unas enormes rejillas, las macetas de geranios daban color a una fachada de estilo viejo, encalada hasta las tejas. Las ventanas, en tres hileras, se iban haciendo más pequeñas conforme se ascendía hacia el tejado. Sobre la puerta, el estrecho balcón se encontraba también lleno de macetas. Bajo el dintel una de las dos hojas estaba entornada, invitando a pasar. Marga se quedó quieta ante la puerta, algo intimidada por la situación: se hallaba en un pueblo perdido de la Andalucía profunda, una especie de degradada villa de serie de televisión de época, a punto de entrar en una vieja casona de una abuela desconocida.

—¡Venga, *mujé!* ¡Que no te va a *comé!* —la instó Marcos, exagerando aún más su acento, con esa perenne alegría suya, mientras empujaba la puerta.

Marga se vio obligada a entrar. ¿Cuántas cosas más que le incomodaban tendría que hacer a lo largo del día? La enorme puerta daba paso a un recibidor con diferentes fotos colgadas en las paredes. Dos enormes plantas con forma de palmera franqueaban

la entrada y dos sillas de enea, de las de antaño, completaban la decoración. A izquierda y derecha había dos puertas de madera con vidrieras de cristal, antiguas, como todo en aquel lugar; sobre el vidrio oscilaban desgastados visillos de ganchillo. La puerta de la derecha estaba cerrada y Marga no pudo ver a dónde conducía, pero la de la izquierda daba a una salita espartana, con un sofá, una mesa camilla, de las que tienen brasero debajo, y un mueblecito con una televisión plana que suponía una explosión de modernidad en aquel lugar. Al fondo del recibidor se abría otra estancia, que hacía las veces de distribuidor, con una escalera de anchos y desgastados escalones sobre la pared del fondo.

—No está en la salita... ¡Tía! ¡¡¡Tía!!! —gritó con energía hacia la escalera—. A su edad ya está durilla de oído, la pobre.

—¿Quién es? ¿Quién es? ¡Ya bajo! —una voz carrasposa, quebradiza, pero potente, bajó desde lo alto de la escalera—. ¡Es que he subido a tender a la terraza, ya bajo!

—Mi tía no para, con ochentaitantos años que tiene —Marcos miraba a Marga con un aire jocosos—. Ya sé que siempre se dice lo mismo, pero... nos va a enterrar a todos.

Marga no contestó. Estaba ocupada analizando a la anciana que bajaba con cierta dificultad por la escalera. Era menuda y a Marga le pareció al principio un poco rechoncha, pero luego se dio cuenta que era más bien hinchazón, acentuada en las rodillas, en los tobillos y en las muñecas, seguramente debido a la artrosis. Llevaba el pelo corto y recogido en un moñito pequeño por detrás. Tenía la cara surcada de arrugas, pero blanda, como si se hubiera arrugado por estar mucho tiempo en remojo. Pero, de repente, un par de ojos pequeños, azules y vivarachos, juveniles incluso, asaltaban a cualquiera que la mirara al rostro. Vestía un blusón y una falda negros de estilo muy pasado, sobre el que resaltaba un delantal gastado y desteñido de colores que en algún momento fueron vivos.

—¡Ay, qué vergüenza, que me pillas con el mandil! —se excusó la señora, con su vocecilla carrasposa, mientras con cierta dificultad intentaba desanudarse el delantal—. Debes de ser la amiga de

mi Alfonsito, que llegaba hoy. ¿Dónde anda? ¿Cómo no me ha dicho que llegabais *pa* comer?

—Tía, el Alfonso no ha podido venir. Le ha salido un trabajo en Sevilla, me parece. Intentará escaparse mañana o pasado.

—En Madrid. Se ha tenido que quedar en Madrid —apuntó Marga.

—Eso, en Madrid. Donde sea, que no viene. Pero nos ha enviado a esta zagala. Tía, te presento a Marga.

—Mucho gusto, Marga. Me llamo Robustiana. Un nombre muy feo, ¿verdad? —la anciana se había adelantado al pensamiento de Marga—. Es que mi madre y mi abuela se llamaban así. Pero ya estoy *mu* mayor. En el pueblo me llaman *Mamá Tiana*.

—¿Mamá Tiana? —repitió Marga, extrañada.

—Es una costumbre de aquí —aclaró Marcos—. A las señoras mayores, casi siempre viudas, se les llama Mamá «Algo», ya sea el nombre o un apodo. A mi abuela todo el mundo en el pueblo la llamaba Mamá Reme. Se nos fue hace un par de años... —a Marga le pareció que su sonrisa eterna se torcía un poco, pero fue apenas un reflejo, y enseguida volvió su rostro risueño—. Pero es una costumbre que se está perdiendo. A las mujeres que van cumpliendo años ya no les gusta que las llamen así porque se sienten viejas... Mi madre no quiere ni oír hablar de eso.

—Eso son *tontás* —replicó la anciana—. A mí me gusta que me llamen Mamá Tiana. Pero, muchacha, pasa y siéntate. Marcos, tú que eres un muchacho *apañao*, sube la maleta de la zagala al cuarto grande, a la izquierda de la subida de las escaleras. Pasa por aquí, bonita.

Marga siguió a Mamá Tiana a la salita que había visto desde el recibidor, sintiéndose un poco huérfana sin Marcos, que había sido su guía desde que llegara a aquel mundo rural desconocido. Se imaginó a los astronautas de sus divagaciones caminando hacia la salida de la nave, a punto de pisar un planeta desconocido. Solo que ese planeta era una salita de pueblo, con un sofá antiguo y una mesa con brasero. Y, sin embargo, aquello era para ella como un planeta por descubrir.